

Homenaje a Amado Alonso en Lerín

ALBERTO MILLÁN CHIVITE

Estamos celebrando el centenario del nacimiento de Amado Alonso García, un gran hombre y excelente lingüista, que nació en este pueblo navarro de Lerín, un trece de septiembre de 1896, fruto del matrimonio formado por Wenceslao Alonso, lerinés, y por Clementa García, de Arróniz.

Su centenario ha llegado lentamente pero sin pausa desde un fin de siglo a otro, dejando olvidados numerosos acontecimientos de mayor resonancia mundial en su época que el que hoy nos reúne en este escenario para conmemorarlo.

Cuando, hace tres años, me percaté de que el año 1996 se estaba aproximando sin ningún síntoma de celebración ni en España ni en Navarra, y recapacité en lo que don Amado había aportado a la lingüística y a la literatura e incluso a su enseñanza, me convencí de que no podía permitirse que el centenario del nacimiento de una personalidad tan singular transcurriera sin que, al menos, fuese festejado en la tierra —España, Navarra, Lerín— en que nació y a la que tanto amó.

Por ello, a pesar del esfuerzo que supone la organización de un homenaje de esta categoría, me decidí a llevarlo a cabo —sin pensármelo dos veces— impulsado, principalmente, por dos motivos:

El primero, porque, al ser yo navarro y profesor de lengua española —como Amado Alonso— era denigrante consentir que una fecha tan señalada pasara sin recordar la aportación a la ciencia del sabio filólogo lerinés y del navarro más universal.

El segundo motivo fue que, por mi condición de cofundador y director de *Cauce, revista de filología y su didáctica*, no podía cometer la ligereza de dejar pasar esta oportunidad de oro sin recurrir a ella para darla a conocer en el ámbito internacional.

Consecuentemente, comencé a trabajar en dos frentes: por un lado, invitando a investigadores para que colaboraran con sus artículos en la forma-

ción de un volumen y, por otro, animando a dirigentes navarros, paisanos del homenajeado, para que organizaran actos, en ambos casos en honor de Amado Alonso.

Aprovechando una breve estancia en Cintruénigo, mi pueblo, inicié la andadura un ocho de septiembre de 1994 con una visita a Lerín, del que –por haber pasado de largo en más de una ocasión– sólo adivinaba sus calles empinadas que confluyen en una erguida y majestuosa cresta. Me entrevisté con doña María Jesús Acarreta, por entonces alcaldesa de dicho municipio, dama culta y emprendedora, que aceptó ilusionada mi idea. Me mostró orgullosa la biblioteca municipal, dedicada –no podía ser a otro– a Amado Alonso, el más famoso de entre los nacidos en Lerín. Me presentó a familiares de Amado y me facilitó distintos documentos sobre él, así como valiosa información sobre las instituciones y personas a las que podía acudir para recabar información y ayuda de distinta índole. Nunca podré agradecer suficientemente la amistosa y hospitalaria acogida de María Jesús y de su familia, así como la del pueblo, al ser invitado a degustar el delicioso clarete de la cooperativa lerinesa.

Posteriormente me trasladé a Pamplona, la capital navarra, ciudad en la que Amado inició sus estudios, primero en el seminario diocesano y posteriormente en el instituto de bachillerato, en donde conocí personalmente –ya sabía de él por sus serios estudios sobre cine y literatura– al Prof. Tomás Yerro, en aquellas fechas Director del servicio de acción cultural y hoy Director General de Cultura del Gobierno de Navarra. Su entusiasta y decidido apoyo, así como su constante intervención –no en vano es lerinés y especialista en la misma materia que Amado Alonso– han conseguido que la Consejería de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra hiciese suya mi idea. Gracias al Gobierno de Navarra, ha podido celebrarse y culminarse este homenaje, repartido entre Pamplona y Lerín con la prestancia que estamos observando, y acuñarse con elegancia en el denso volumen, repleto de valiosos estudios que, sobre la persona y obra del homenajeado, han sido elaborados para este evento.

En el mundo universitario exploré el interés que podría suscitar reunir en un volumen los trabajos de distintos investigadores en torno a la figura de Amado Alonso, preferentemente. Como era de rigor, no me limité a las universidades de Navarra y Sevilla, ni siquiera a las de España, sino que –saltando el charco– contacté con Argentina, México y Estados Unidos de Norteamérica, países del Nuevo Mundo con los que Amado Alonso mantuvo relación más próxima, intensa y continua. La respuesta que coseché, si no rápida, fue tan masiva que –por superar ampliamente el presupuesto programado– han quedado sin incluir en el volumen de más de novecientas páginas alrededor de dos docenas de artículos de entre los que no se ciñen a temas alonsianos.

Este es el volumen resultante en homenaje a Amado Alonso, fruto de muchos esfuerzos y desvelos, que acabó de imprimirse precisamente el 13 de septiembre, día del centenario, y que entrego al Sr. Alcalde para la Biblioteca Municipal “Amado Alonso”, con la finalidad de que pueda ser leído por los lerineses.

De la idea del homenaje, de su organización y resultado, me siento satisfecho, emocionado y –por qué no decirlo– hasta orgulloso. ¡Ya era hora de

que Navarra recordara al profesor universitario y al investigador filólogo, al hombre más grande, nacido en ella!

¿Y por qué digo 'Navarra'? Es decir, ¿por qué es precisamente Navarra la que se ha acordado de él?

En primer lugar, por haber sido el promotor del homenaje un navarro nacido en Cintruénigo, pueblo —como saben ustedes— de la merindad de Tudela.

En segundo término, por la buena acogida de la idea del homenaje por parte de las instituciones navarras: Ayuntamiento de Lerín, Instituto de bachillerato "Ximénez de Rada", Asociación de profesores "Amado Alonso", Universidad y Gobierno de Navarra, en concreto, la Dirección General de Cultura, la cual recogió la antorcha encendida por el promotor y la ha transportado —mejorando y ampliando la idea— hasta el momento en que tiene lugar este acto.

En tercer lugar, porque el homenaje preparado no consiste en meros fuegos de artificio, sino, fundamentalmente, en sesiones de carácter filológico-didáctico, tal como corresponde a la personalidad de Amado Alonso, un intelectual que dedicó toda su vida a tales saberes.

Y finalmente, porque los estudios elaborados en su honor se han publicado en un volumen extraordinario de *Cauce, revista de filología y su didáctica*, cofundada y dirigida ininterrumpidamente desde su inicio en 1977 por un navarro, aunque no puede olvidarse que ha sido Andalucía, mediante su Junta, su Universidad y El Monte, quien ha hecho posible la creación y la permanencia de *Cauce*.

Este homenaje es, a todas luces, merecidísimo, ya que el lerinés Amado Alonso paseó por todo el mundo su orgullo de ser navarro. De tal modo presumía de su Navarra que todos los que lo rodearon —amigos, colegas, alumnos, simples conocidos— saben sus orígenes, dado que siempre que hablan de Amado nunca olvidan referirse a él como tal. Voy a espigar algunas de estas referencias:

El conocido Rafael Alberti —el último poeta vivo de la generación del 27— escribía: "Amado Alonso, joven filólogo navarro, encantador, franco, alegre, con algo de pelotari...".

El Prof. Muñoz Cortés exclama: "¡Con qué orgullo hablaba (...) de su tierra! ¡Cómo recordaba las tardes de frontón, las bulliciosas mañanas de encierro! (...). Era y fue siempre un *mojó* ribero noble y fuerte.

El Prof. Lope Blanch, de la Universidad autónoma de México, se refiere a Amado como a "el lingüista navarro".

El Prof. Rafael Lapesa, gran amigo suyo —aunque 12 años más joven—, se lamenta diciendo que "su cuerpo no yace en el nativo terruño de Lerín, en su Navarra".

Igualmente, Carlos Clavería pronuncia esta sentida queja: "En esa nostalgia y en ese quehacer nos dejó un navarro de Lerín".

Incluso los extranjeros saben que su patria chica es Navarra, por ejemplo, el gran escritor mejicano Alfonso Reyes —a quien Amado dirigió la famosa carta sobre la estilística— cuando recuerda que "apareció por el Centro de estudios históricos [de Madrid] un muchacho navarro de boina azul y con aire de comedor de manzanas".

"Algo, pues, debía de haber en el talante vital de Amado Alonso para que sus colegas próximos lo identificaran y lo describieran como navarro de pue-

blo, orgulloso de su tierra”, escribe la investigadora Carmen Saralegui –navarra ella y profesora de la Universidad de Navarra– en el artículo que aporta al volumen de homenaje y que concluye con esta frase: “Amado Alonso (...) tuvo siempre a Navarra en la cabeza y en el corazón”.

No porque –ya de joven– se ausentara de su terruño, Lerín, y de su tierra, Navarra, y transcurriera la mayor parte de su vida lejos de su patria, España, dejó de recordarlos y de quererlos.

Bastantes trabajos contienen frecuentes citas a Navarra y a sus pueblos, cuyas formas de hablar –debido a su profesión– conocía perfectamente. “Yo soy navarro y no tengo noticia de yeísmo en ningún pueblo de mi provincia”, escribe en el estudio titulado “La ‘ll’ y sus alteraciones en España y América”. Y en otro estudio –“La pronunciación de ‘rr’ y ‘tr’ en España y América”– enumera, en larga serie, los pueblos navarros en donde la pronunciación de la ‘tr’ es un tanto peculiar (cercana al sonido de la *ch*) y, por tanto, diferente a la realizada en el resto de España. Los pueblos que enumera son: “Andosilla, Cárcar, (...), Lodosa, Sartaguda, San Adrián, Azagra, Milagro, Marcilla, Villafranca, Cadreita, Valtierra, Arguedas, (...), Cascante, Murchante, Cintruénigo, Corella, Monteagudo, Tudela, Ribaforada, Cortes, Fitero, Fustiñana y Buñuel”.

Fueron frecuentes los viajes que realizó a su tierra desde América (primero desde Argentina y después desde U.S.A.) para estar en su pueblo, abrazar a sus padres, hermanos y sobrinos, charlar con sus amigos, saludar a sus paisanos... Lo dicho coincide exactamente con lo que afirma una de sus alumnas, hoy catedrática en la universidad de Buenos Aires, Ana María Barrenechea: “llegó [a Argentina] con un espíritu abierto para entendernos y convertirse en uno de nosotros sin olvidar sus raíces”. Efectivamente, Amado nunca olvidó sus orígenes lerineses, navarros y españoles.

Y es que Amado Alonso, además de una inteligencia portentosa, poseía un enorme corazón. Todo el mundo –compañeros, discípulos, conocidos...– se hacía lenguas de él: inteligente, trabajador, de buen carácter, alegre, cariñoso... No era el típico intelectual aburrido sino una persona de exuberante vitalidad.

Su entrañable amigo Rafael Lapesa afirma que “pocas veces se dará unión tan perfecta de inteligencia clarísima, capacidad creadora y generosa vitalidad”. Y lo describe “alto, robusto, de noble fisonomía vasca; alegre, entusiasta y cordial, era ejemplar magnífico de humanidad sana y completa”.

Y Manuel Muñoz Cortés –discípulo suyo de charlas, no de aulas– escribe de él: “Cuando le conocí (...) comprobé que era cierto de cuanto de su vitalidad me habían dicho: su recia figura, su alegría, su vivacidad (...). Yo estaba (...) hablando pausadamente de materias filológicas, escuchándole más bien, con esa delicia que era ser aconsejado por él. De pronto se incorporó vivamente, soltando una exclamación rotunda, de sabor a tierra y a sol, y fue a abrazar a un viejo pelotari. Yo le he visto exaltado ante una jugada de remonte (...). Y le he visto reír con mis niños en la playa o ceder a los caprichos de sus hijos. Era (...) un padre lleno de ternura, un amigo de sus amigos, que fácilmente obtenían su afecto y su consejo de hombre de tanta sabiduría”.

La Prof^a. Rosetti, alumna suya en los años 30, lo recuerda como “joven, apuesto con las sienas ligeramente blanqueadas. Nos asombraba su vestimenta moderna, ‘sport’, desechando el sombrero en ¡aquellos tiempos!”.

Carlos Clavería dice que “los que le conocieron (...) no olvidarán fácilmente el calor de su humanidad, la simpatía y serenidad que irradiaba la hermosura viril de su persona...”.

Dámaso Alonso, amigo de Amado y profesor de lingüística como él, además de gran poeta de la generación del 27, reconoce que “tenía Amado (y ha conservado hasta su muerte) una grave hermosura varonil: allá por los años mozos, las chicas se pirraban por él”, tanto que alguna atrevida —cuenta Lapesa— “se dirigió a Amado y le preguntó algo con el preámbulo de “usted, Amado, que es tan guapo...”.

Como suele suceder con relativa frecuencia, se casó con una alumna, “la más bella del curso” —en palabras de Alberti—, inglesa ella, de nombre Joan Evans, pero que con sus noventa años no ha podido desplazarse hasta España. Tuvieron cuatro hijos (Ramón, Guillermo, Juan Manuel y Fernando), “*obra maestra* del matrimonio, según decía Amado, exultante en su eufórica vitalidad”, escribe Lapesa. Juan Manuel —el más afín a la profesión de su padre, por ser profesor de la literatura en la Tufts University de Medford (U.S.A.) y escritor— se encuentra entre nosotros, junto con su esposa Viola y su hijo Marco, para hablarnos de su padre.

En 1927 se trasladó a Argentina para hacerse cargo de la dirección del Instituto de filología de la facultad de filosofía y letras de la universidad de Buenos Aires —a la vez que de la cátedra de filología románica—, propuesto y avalado por sus sabios maestros Américo Castro y Ramón Menéndez Pidal, que reconocen “en él al investigador científico, cuya capacidad y entusiasmo impulsarían una notable labor, renovadora, en el joven Instituto de filología”, escribe la Dr^a. Rosetti.

No les defraudó la confianza en él depositada porque no habían transcurrido doce años y —en opinión de Lapesa— “el Instituto se constituyó en el primer centro de filología hispánica”, pues —según reconoce Jacob Malkiel— “mientras Amado Alonso [lo] dirigió con su personalidad fuerte e imaginativa, durante casi veinte años, el Instituto alcanzó la cumbre de la filología hispánica del hemisferio”.

Durante la etapa bonaerense desarrolló constantemente un trabajo febril: creó la *Biblioteca de Dialectología Hispánica*, que llegó a constar de ocho voluminosos tomos, el primero de los cuales se publicó en 1930, sólo a los dos años de su llegada. Cuando creyó que el funcionamiento del Instituto de filología estaba ya garantizado con un equipo de excepcionales colaboradores, intentó otra ambiciosa empresa: la creación de una revista de prestigio internacional en la que participasen especialistas de todo el mundo, consiguiéndolo con la fundación, en 1939, de la *Revista de Filología Hispánica*, de la que aparecieron ocho espléndidos números.

Además de los numerosos estudios suyos que aparecen incluidos en la Biblioteca y Revista indicadas, escribió otras obras de las que quiero resaltar dos: *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*, publicada en 1938, “modelo de estudio cultural”, en expresión de la Dr^a. Barrenechea; y *Gramática castellana* I y II, publicada en 1938 y 1939 en colaboración con Pedro Henríquez, “tan renovadora en conceptos lingüísticos como en procedimientos didácticos”, en palabras de Lapesa.

En el año 1946 fue invitado a impartir un curso en la universidad de Harvard. “Allí recibió en forma inesperada la noticia de su cesantía y nunca

volvió a la Argentina". De este modo tan comedido, —como avergonzados— informa la profesora argentina Ana María Barrenechea de la destitución de todos sus cargos por el general Perón al llegar a la presidencia de la república en 1946. Más explícito es el Prof. Lapesa cuando dice que "el triunfo del peronismo hizo imposible la continuidad de esta labor prodigiosa. Amado fue destituido como oponente, y su viaje a los Estados Unidos para recibir el doctorado 'honoris causa', sirvió de pretexto para la destitución de la cátedra y de la dirección del instituto de filología". El nuevo régimen argentino no comulgaba con el talante liberal de Amado y con la ayuda que prestaba a los exiliados españoles desde hacía años, entre ellos Rafael Alberti.

Tras su marcha de Buenos Aires se estancó la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* y desapareció la *Revista de Filología Hispánica*, ya que sus más valiosos discípulos argentinos se dispersaron por distintas universidades de América. Claro que no todo se perdió porque "la universidad de Harvard no dejó pasar aquella ocasión de incorporarlo a su claustro y de contarle entre sus profesores más eminentes (...). Allí se ganó inmediatamente la consideración y el afecto que merecía. Pronto se rodeó de nuevos discípulos valiosos, tanto norteamericanos como de origen hispánico o centroeuropeo; entre ellos se contaban Claudio Guillén, Juan Bautista Avallé Arce y Edward Glaser", según cuenta Lapesa. Yo me atrevo a añadir: y el irunés Carlos Blanco Aguinaga, profesor de la Universidad La Jolla (U.S.A.), conocido y admirado en los círculos literarios por sus estudios estilísticos, presente en el homenaje a su maestro, del que nos hablará no desde el conocimiento libresco, sino desde la relación personal en la universidad de Harvard.

En este volumen de *Cauce* publica un artículo otro valioso discípulo —tampoco citado por Lapesa—, el yanqui Dr. Boyd-Bowman, quien, tras considerarse "el postrer discípulo" suyo, escribe: "Cuando llegué con una beca en 1947 a la universidad de Harvard (...), despertada mi curiosidad por conocer al célebre catedrático Alonso, de quien me contaban que el dictador Perón le había quitado hace poco la dirección de un famoso instituto de filología en Buenos Aires, no tardé en matricularme en los dos cursos que él dictaba (...). Alonso fue por supuesto el director de mi tesis doctoral...".

Amado Alonso alternaba en Harvard la docencia con la investigación. Fue su obra póstuma *Historia de la pronunciación española*, (publicada por Lapesa con el título *De la pronunciación medieval a la moderna en español*) la que acaparó la mayor parte de su tiempo, pero aún le quedó alguno para colaborar con Alfonso Reyes para montar e iniciar en México la *Nueva revista de Filología Hispánica*, "con el mismo espíritu que había animado la extinguida en Buenos Aires, y con Amado Alonso como director y colaborador principal", en palabras de Lapesa.

A mediados de 1950 se le diagnosticó un cáncer. Tras la operación, y aun sabiendo que su mal no tenía remedio, continuó con su vida normal —sus clases y su investigación— hasta que un año después, operado de nuevo, ya no pudo reintegrarse a sus clases aunque continuó, en cama, trabajando en sus investigaciones.

Un mes escaso antes de morir, dirige una enternecedora carta a su anciana madre, llena de mentiras piadosas acerca de su enfermedad, carta que he tenido el privilegio de sostenerla en mis manos mientras la leía en la casa de su sobrina Carmen Alonso, a quien los lerineses conocéis.

El malogrado Amado Alonso murió el 26 de mayo de 1952, a los 56 años de edad, en la flor de su vida como profesor e investigador, cuando los ardores, las ansias, las prisas, los ímpetus juveniles habían amainado para dejar paso a la calma del trabajo sereno, de la investigación reflexiva, de la lucidez doctrinal. ¡Qué no hubiera conseguido en la docencia y en la investigación, si su vida se hubiese prolongado 10, 15 ó 20 años!

A pesar de ello, Amado Alonso es “el navarro más universal”, es el Sarasate, el Gayarre, el Induráin de la filología en Navarra. Tan importante, tan famoso, tan admirado en los círculos lingüísticos y literarios, como los navarros nombrados lo son en el mundo musical, operístico y deportivo, respectivamente. Y, sin ninguna duda, habría alcanzado cotas más altas de popularidad, si un cáncer no se lo hubiese arrebatado a la ciencia, a la edad en que los intelectuales rinden sus mejores frutos.

Actualmente Amado Alonso sigue siendo el más alto representante de la cultura hispánica, el mejor embajador de nuestra lingüística, crítica literaria y estilística por tierras americanas –desde el estrecho de Bering hasta el cabo de Hornos– y por los círculos hispanistas diseminados por el ancho mundo. Por ello, el rey de España, Don Juan Carlos, en el discurso que pronunció en la universidad de Harvard, la más prestigiosa de Estados Unidos de Norteamérica, al ser investido doctor honoris causa en 1984, no olvidó citar a Amado Alonso entre los grandes profesores españoles –investigadores o creadores– que impartieron enseñanza en tan famosa universidad, tales como Américo Castro, Rafael Lapesa, Dámaso Alonso, etc., dedicándole una referencia especial con estas palabras: “Quiero sinceramente transmitir el homenaje del pueblo español a la memoria de dos de aquellos profesores que aquí murieron: el lingüista Amado Alonso y el médico Jordi Folch-Pi”.

Sin embargo –no hay que asombrarse ni siquiera extrañarse–, la mayor parte de los navarros y, por supuesto, de los españoles no conoce –ni aun ha oído nombrar en alguna ocasión– a Amado Alonso, uno de sus más ilustres ciudadanos. La razón es bien sencilla: la ciencia, la técnica, la investigación, la docencia se cotizan en el mundo actual a un precio muy bajo, muy inferior al que lo hacen la ópera, el deporte, el cine y, en general, todo aquello que participe en el mundo del espectáculo. ¿No han caído en la cuenta de que es menos conocido el autor o el director de una obra teatral o de una película que los actores que la ponen en escena? ¿No han reflexionado sobre la injusticia que supone que nadie recuerde al realizador de un programa de radio o de televisión y que todos sepan el nombre e identifiquen la imagen del presentador o presentadora? ¿Han observado que sólo los expertos saben cómo se llama el autor de las canciones, mientras hasta los analfabetos conocen a los intérpretes? ¿No se han parado a pensar en que los sabios y técnicos que han ideado, inventado y construido el artefacto espacial son desconocidos por el gran público, mientras el nombre de los astronautas que en él llegan a la luna anda en boca de los niños de las escuelas?

¡Y para qué seguir! La labor de un investigador, de un científico, de un técnico, de un profesor no es un fenómeno de masas porque no es espectacular; al contrario, es un trabajo oculto, callado, largo, paciente, a diferencia del papel del actor de cine, del cantante, del deportista, del presentador de televisión, cuyas actuaciones se inscriben dentro de las coordenadas del espectáculo, de la diversión, del ocio.

En consecuencia, Amado Alonso, junto con su magnífica obra de investigador y profesor, es desconocido para la gran masa de los ciudadanos pero es recordado, respetado, admirado y querido por todo el público selecto y culto de los investigadores y profesores filólogos y didactas de lengua y literatura española, tanto de Navarra y de España como del extranjero.

Innumerables testimonios de grandes personalidades avalan mi rotunda afirmación:

- Don Ramón Menéndez Pidal, fundador y maestro incuestionable de la llamada Escuela Española de Filología, decía que “la falta de Amado Alonso se sentirá gravemente en todos aquellos campos de la ciencia que él cultivaba con amplitud y profundidad, con valor creciente en cada nuevo estudio emprendido, siempre llevado por un espíritu renovador que jamás turbaba la firmeza de su razonamiento”.

- Dámaso Alonso, catedrático de la universidad de Madrid y Presidente de la Real Academia, decía de Amado: “... la valía científica ha sido una cantidad constantemente creciente a lo largo de su vida. Ha publicado estudios que han de quedar como modelos que ya parecen insuperables en la lingüística, la estilística y la crítica literaria”. Su muerte fue “la pérdida de uno de los grandes valores de la cultura hispánica contemporánea”.

- Manuel Muñoz Cortés, catedrático y profesor emérito de la universidad de Murcia, alaba la trayectoria docente e investigadora de don Amado con las siguientes palabras: “... ejerce una labor de magisterio que hizo nacer, como una nación hispánica más, un grupo de discípulos, muchos de los cuales son ya maestros en filología (...), fue maestro en todas las técnicas, dominó los senderos que llevan al conocimiento de la palabra, desde la experimentación fonética hasta la crítica literaria”.

Pero no sólo personalidades españolas sino también extranjeras se deshacen en elogios:

- El mejicano Alfonso Reyes, gran intelectual lleno de erudición y prolífico escritor, lo recuerda con el siguiente texto: “Mucho nos enseñó y mucho más hubiera podido enseñarnos. Deja una generación de discípulos y lo llora una legión de amigos, porque era sabio por la ciencia y por el corazón”.

- Las argentinas María Rosa Lida y Mabel Monacorda de Rosetti, unas de sus primeras discípulas en Buenos Aires y excelentes investigadoras, dicen, respectivamente, de su maestro don Amado que “su cátedra da sentido y dignidad a lo que allí se aprende; no oímos repetición o valoración de lo que anda escrito, sino planteo original, conclusiones contrastadas de investigación propia, crítica y erudición”; que “sus discípulos nunca podremos olvidar sus clases de gramática y estilística...”.

- El norteamericano Dr. Peter Boyd-Bowman, profesor de la universidad de Nueva York en Búfalo, lo define como “profesor ideal, un digno modelo para mi carrera académica”.

Podría seguir llenando páginas con elogios dirigidos a este gran navarro lerinés, no elogios constituidos por rituales frases amables sino por rotundas y tajantes aseveraciones acerca de su valía.

Pero quiero evitar el alargar en demasía mi intervención y sólo os haré una confesión personal en voz alta, dirigida al pueblo de Lerín y a su Ayuntamiento. Como navarro y como lingüista, os envidio. ¡Cuánto daría yo por que Amado Alonso hubiese nacido en Cintruénigo! El nombre de vuestro

pueblo es conocido por todo el mundo intelectual especialista en lengua, literatura, estilística y didáctica. Todos ellos unen al nombre Amado Alonso de Lerín, Navarra y España. Es un lujo, un privilegio tener a Amado como paisano, lujo y privilegio que lo tenéis vosotros, los lerineses, en primer lugar.

Y ahora sí termino. Y lo hago con un final un tanto sorprendente por lo atípico, es decir, por lo desacostumbrado. Me explicaré. Cuando una persona acaba de hablar en un acto solemne y público, el ritual de cortesía dicta aplaudir, aunque su intervención haya resultado anodina, ramplona o desafortunada. Pero independientemente de cómo calibréis mis palabras, os pido el aplauso... No para mí; os lo pido para Amado, a quien estamos homenajeando. Él no está físicamente entre nosotros, pero sí están su hijo Juan Manuel y esposa Viola con su nieto Marcus... y sus primos... y sus sobrinos... y sus paisanos..., y –lo que es más importante– está su espíritu... y su recuerdo... y la admiración... y el amor que le profesamos.

Os pido –repito– un aplauso intenso, cerrado, largo..., porque nos marcó la senda de lo científico, de lo ético, de lo cívico, de lo humano. Porque su ejemplar comportamiento en la vida privada y pública nos sirve de modelo a todos. Porque fue una gran persona, un hombre cabal, un ilustre personaje **español, navarro y lerinés.**

¡Por Amado Alonso!